

Ayuntamiento de Madrid



frase sublime: *Los federales no transigimos?*

Las madres que han perdido sus hijos, los hijos que han perdido sus padres, cuántos se ven en la miseria, cuántos han emigrado de España; en suma, todos los que sufren, todos los que lloran, apliquen a sus penas este consuelo, a sus heridas este bálsamo: *¡Los federales no transigimos!*

Se dice, y esto es verdad, que de seguir los consejos del señor Pi dando la independencia a las Colonias, no hubiera España llegado a la triste situación en que se encuentra. ¿Pero no habría sido más fácil el evitar que llegase, habiendo constituido a España en República, de cualquier clase que fuera, aun cuando el señor Pi no tuviese hoy la triste satisfacción de exclamar: *Los federales no transigimos?*

¿Con qué no transigir? Con la República unitaria. Mas por no transigir con ella, viven dentro de una monarquía que nos ha destrozado, desangrado, arruinado y envenenado, pero que en cambio permite al señor Pi repetir en medio de tanta sangre y tantos horrores: *¡Los federales no transigimos!*

La República hubiese aliviado una porción de males, estirpado otros, acabado con el cáncer monástico, contra el que no alzó su voz el señor Pi cuando fue anteriormente al Congreso... Pero ¿qué valen esas ventajas, si el señor Pi, ayudando a traerla, no podía decir ahora: *Los federales no transigimos?*

¡Oh noble y santa virtud de la consecuencia! Cuando se abusa de ti de ese modo por satisfacer vanidades pueriles, casi quedas por bajo del vicio de la apostasía. El hombre que plega la bandera de su ideal para salvar la patria, es más grande que el que la mantiene clavada sobre la roca de sus egoísmos.

Tiers, rectificando sus ideas monárquicas para salvar la Francia, es más político y más hombre que veinte generaciones de Pils perseverando en las federales ante las terribles desdichas de España. Que es insensatez tremenda no salvar parte del cargamento del buque naufrago, por no poder salvarlo todo.

«Paris 20.—Se recordará que la exemperatriz Eugenia tuvo por confesor a un cura llamado Bauer, quien luego colgó los hábitos. Pues bien; después de bastantes años de no dar que hablar, M. Bauer sale otra vez a la notoriedad, con la noticia de que ha contraído matrimonio, civilmente, con una bailarina de la Opera.»

Esto prueba que es un hombre honrado, y que, habiendo sido cocinero antes que fraile, huye de poner a su costilla en contacto con los curas... Por si acaso.

## Libro importante

VIDA Y OBRAS DE DON DIEGO VELÁZQUEZ, por Jacinto Octavio Picón. CINCO PESETAS. Ejemplar, edición de lujo, con la reproducción de los cuadros de Velázquez en hermosos grabados. Librería de Fernando Fe, y principales de Madrid y provincias.

Decir que Picón escribe bien, y que sabe de pintura como pocos, y que es muy erudito, y que como crítico es de los primeros, es decir tantas perogrulladas como palabras. Así, para ahorrarle decir todo eso, vulgar ya por lo mucho que todos lo han repetido, abro el libro y copio unos párrafos del capítulo primero.

Después de demostrar, con muchos datos irrecusables, que desde los Reyes Católicos España fue un pueblo tan civilizado y progresivo como la Inglaterra y la Alemania de ahora, hasta que su cultura murió sofocada por el espíritu centralizador de la monarquía absoluta y la intolerancia religiosa, dice Picón:

«Tras tanta grandeza vino la decadencia, siendo todos culpables de ella, la monarquía por absorbente, el clero por fanático, la nobleza por ignorante y el pueblo por holgazán y envilecido. Cuesta gran trabajo creer los resaca, torpezas e indisciplinadas en que incurrieron todas las clases del Estado, durante los reinados de aquella funesta dinastía que comenzó en una pobre loca y acabó en un desdichado imbécil. Pasó como un sueño, costosa manía de grandezas, la gloria de Carlos I; tras los males engendrados por la ambición y el despotismo, vinieron la esterilidad de Felipe II por conservar lo adquirido, la devoción relativamente mansa con que Felipe III imaginaba merecer del cielo lo que no sabía procurar en la tierra, y subió por fin al trono aquel Felipe IV, a quien sus cortesanos llamaban *Filipe el Grande*, pero de quien nadie se acordaría hoy si no le hubiese retratado Velázquez.»

El amante de María la comediante y Margarita la monja, sin ser hombre de mala índole, fué destituido de rey, nacido acaso para que en él se mostrase de qué modo ciertas instituciones tuercen y bastardean la condición humana; porque así como las alturas de la Naturaleza causan el vértigo, en las cumbres sociales la tentación triunfa de la voluntad y la lisonja sofoca la virtud.

Felipe IV, fiándolo todo y descansando de todo en sus privados, a la mañana iba de caza, a la tarde ponía rejones, y de noche buscaba en los camarines del Retiro y en las celdas de San Plácido aventuras con que olvidase de que los tercios morían de hambre en los Países Bajos y Portugal se alzaba independiente.

No quedó por entonces en el país manifestación de actividad que no se debilitara ni sentimiento que no se bastardease. El espíritu religioso inspirado de *Los nombres de Cristo* y *El símbolo de la fe* produjo libros como la *Ensalada hecha con yerbas del huerto de la Virgen* y la *buenaventura que dijo un alma en traje de gitana a Cristo*. Los estudios relacionados con las ciencias

llegaron a mirarse con tal indiferencia que, así como Felipe III había encomendado a su confesor la presidencia de una junta solicitada por el general conde de Villalonga para la reforma de la artillería, Felipe IV conió a una reunión de teólogos el proyecto de canalización del Manzanares y Tajo, los cuales piadosos varones rechazaron la idea diciendo que, «si Dios hubiera querido que ambos ríos fueran navegables, con un solo fiat lo hubiese realizado, y que sería atentatorio a los derechos de la Providencia mejorar lo que ella, por motivos inescrutables, había querido que quedase imperfecto».

La corrupción é inmundicia del clero en aquellos días fué aún mayor que su ignorancia: las *Cartas* y los *Avisos* de Pellicer, de Barriónuevo y de otros curiosos, á quienes se puede considerar como predecesores del noticiario moderno, hacen mención de multitud de clérigos presos y castigados, no sólo por robos, homicidios y asesinatos, sino por ser actores de pecados nefandos.

Rayaba la credulidad en insensatez. Andrés de Mendoza cuenta en serio que un día «en San Ginés, un fraile descalzo franciscano, de grande opinión de santidad, se arrebató en éxtasis, en el cual, desde la mitad de la iglesia, fué hasta el altar por el aire, y en él se estuvo un cuarto de hora mirando el Santísimo Sacramento á vista de gran pueblo, que le hizo pedazos todo el hábito, á que suplió la piedad y grandeza de la señora duquesa de Nájera».

España se cubrió de conventos. En Madrid, por ejemplo, donde los Reyes Católicos, de curia piedad no se puede dudar, habían creado sólo tres, y Carlos I no más de cinco, Felipe II fundó diecisiete, Felipe III catorce y Felipe IV otros tantos. Lo que sucedía en las comunidades de mujeres no se puede referir limpiamente. Proceso hubo á consecuencia del cual se descubrió que las pobres reclusas llamaban al Espíritu Santo *El Quemón*, porque al arrojárse ante el confesorario se les encendía la sangre.

El pueblo, vejado, explotado, oprimido, sin poder creer ni esperar en nadie, se envilecía en la holganza favorecida por la sopa boba, formulando luego su indignación y su escepticismo en refranes que decían: *en larga generación hay un fraile y un ladrón; nunca vide cosa menos que de frailes y obispos buenos; á la puerta de hombre rezador no pongas tu trigo al sol; reniega de sermón que acaba en daga; parece tonto y pide para las ánimas; fíate en la Virgen y no corras.*

El rey, para ocultar sus pecados, hacía que profesasen muchos de sus hijos bastardos, y los caballeros ricos se arruinaban por cómicas ingeridas en cortesanas, como la María Beson, «que vino de Francia tan cargada de escudos como de enfermedades», ó la Antonia Infante, que usaba en la cama sábanas de tafieta negra.

Y á tal nación, tal corte. Madrid, consumido de pobreza, por cualquier pretexto ardía en fiestas. En Palacio, tan pronto se gastaban millones para recibir á un príncipe extranjero, como un bufón había de prestar dos reales para comprar confites á la reina; los soldados, sin paga, se acuchillaban en las calles, mientras llegaban las nuevas de que el francés ó el flamenco nos había derrotado en los campos y el inglés nos había pirateado en los mares.

Felipe IV se divertía en las solemnidades de la Iglesia, en las ceremonias de palacio, en los aposentos del teatro, en los bosqueillos del Retiro; el vulgo alto y bajo gozaba comentando aventuras de grandes y pequeños, y el clero á todos les absolvía de todo con tal de que no sufriesen merma sus rentas ni ataque su jurisdicción.

De entre aquel envilecimiento general únicamente solía alzarse de cuando en cuando la protesta de algún espíritu valiente, magistrado, predicador ó literato que condenaba tanta vergüenza; por ejemplo, la voz honrada y atrevida del obispo de Granada, don Garcerán Albelar, que osó denunciar á Felipe IV los abusos del Conde-Duque, y la pluma del gran Quevedo. «¿Podrá uno—dice éste—ser monarca y tenerlo todo sin quitárselo á muchos? ¿Podrá ser superior y soberano y subordinarse á consejo? ¿Podrá ser todopoderoso y no vengar su enojo, no llenar su codicia y no satisfacer su lujuria?»

Dejo de copiar por falta de espacio, no por que lo que falta del primer capítulo no sea tan sustancioso como lo anterior.

Y llamo la atención de mis lectores sobre el parecido de la época que Picón tan admirablemente describe, con la que nos está partiendo por el eje. Sólo hay una diferencia entre ambas; que en aquella había espíritus valientes, y en ésta hay estetas sin espíritu.

## Gorriones á cañonazos

El que no oyera á Salmerón la noche del martes de la semana última en el pequeño salón del casino de la calle de la Encomienda, que no diga que lo ha oído. No he admirado á ningún orador tanto como á él aquella noche.

Recordar todo lo que dijo y pintarlo como lo dijo, no cabe en mí. Habría que valer tanto como él. Y acaso ni el mismo pudiera pintarlo: esas cosas, por lo excepcionales, no pueden repetirse.

¿Qué actitud! ¿Qué gesto! ¿Qué voz! El apóstrofe, el insulto, la amargura, el sarcasmo, todo se atropellaba en su cerebro por salir; pero una vez fuera, todo resultaba puro, limpio y de un relieve colosal.

Emocionado, pálido, lanzando rayos por aquella mirada que subyuga, nunca su palabra cinceló mejor su pensamiento, jamás su ademán se sometió tan en absoluto á su palabra.

Cualquiera que en aquel instante, sin antecedentes de lo que se trataba, hubiese entrado en el local y lo hubiese escuchado, habría creído, no que estaba Catilina á las puertas de Roma, que esto era poco para indignación y elocuencia tamañas; no que las naciones europeas, haciendo vilmente presa en la decadencia y desamparada España, habían entrado á la vez por distintos puntos para echar suertes sobre sus vestiduras; no que Polavieja, imitando á Pavia y seguido por las turbas clericales, había entrado en el Congreso y asesinado á todos los representantes de la nación, arrojando

después sus cadáveres á las hienas de sacristía que aullaban fuera; no, nada de esto habría sospechado, sino algo más grande, más terrible, más apocalíptico.

¿Y de qué se trataba en suma? De combatir á los que, según el señor Salmerón, le injuriaban y calumniaban en calles y cafés, y luego no tenían el valor de sostener frente á frente sus acusaciones.

Claro es que todo eso es indigno; pero ¿debí descendir un hombre como Salmerón á combatirlos, y menos con aquella elocuencia maravillosa? ¿No pudo, si tanto le acuciaba el deseo de hablar de ello, haber aplastado á los murmuradores con una frase desdeñosa? Y en último caso ¿á qué fustigar al pueblo de aquella manera cruel y despiadada porque unos cuantos republicanos hubiesen hablado mal de él?

Siempre lo mismo el señor Salmerón, matando gorriones á cañonazos. Sin que pueda decirse de él que no ataca valientemente á la monarquía, fuerza es reconocer que reserva sus más duros apóstrofes, sus dardos más acerados para los republicanos que no pertenecen al escaso número que está á su lado. Es una desgracia para él y para todos.

## La obra del jesuitismo

Muchísimos y enormes males han causado á España con su política los gobiernos de la restauración. No es nada difícil, pero sí tarea muy larga, exponerlos y analizarlos para demostrar que en este cuarto de siglo hemos perdido cuanto un pueblo puede perder bajo un sistema político antipatriótico, atento sólo á intereses secundarios, y bajo un régimen económico desquiciado y funesto, que no ha hecho más que exprimir cuanto ha podido, sin procurar en lo más mínimo fomentar la producción.

Pero todo cuanto supone la riqueza material perdida, no representa nada comparándolo con las energías morales aniquiladas. Todos los atentados al derecho, todas las conculcaciones de la ley, todos los abusos de la fuerza, todas las extralimitaciones del poder, la ruina de la Hacienda, el aniquilamiento de la agricultura y la industria, la pérdida de las Colonias, todo cuanto en el orden material han sacrificado esos dos partidos políticos afectos á la dinastía para sostener á todo trance el régimen y á su sombra vivir, mandar y medrar, satisfaciendo toda clase de ambiciones y apetitos, son males relativamente pequeños si se comparan con el mal, funesto y desastroso para este país desdichado, de haber abierto las puertas y prestado protección, amparo y abrigo al jesuitismo hipócrita y al monaquismo repugnante que nos han invadido como una plaga devastadora, destruyendo todo germen de vida, todo resto de dignidad, toda fibra de energía que pudieran quedar palpitantes bajo las cenizas de aquellos amortiguados entusiasmos que guardaba el pueblo en el fondo de su corazón y de su alma y que, renaciendo ahora de nuevo, hubieran podido llevarle á justas y necesarias reivindicaciones.

Si, no cabe dudarlo. El golpe cruel, terrible, mortal para España fué el que se le asestó al dar entrada é influencia á esos elementos reaccionarios, arrojados por perjudiciales de todas partes del mundo civilizado, y que aquí poco á poco, con la ayuda y tolerancia de los gobiernos de la monarquía, se han ido apoderando de todo, hasta no dejar cosa en que no intervengan y no dominen.

Su labor de ahora no se ha reducido á procurarse la preponderancia y el predicamento en las altas regiones oficiales, ni á acaparar el favor de las clases pudientes, sino que han descendido al pueblo, se han introducido suavemente; como los reptiles, en el hogar modesto, en la morada del pobre, y en una y otra parte ejercen la explotación á que les incita su sordida avaricia, el dominio á que les impulsa su soberbia, é inoculan el veneno de sus ideas y de sus doctrinas inspirados por el odio y la aversión que les causa todo adelanto, todo progreso, todo ideal de libertad y de emancipación moral, para lo que han tenido muy buen cuidado de apoderarse, ante todo y con más empeño, de la enseñanza, que es en donde la juventud se nutre de ideas y desarrolla la fuerza intelectual.

El resultado de esta intromisión ha sido funesto. Nos hemos quejado mucho y hemos combatido al clericalismo brutal é intrasigente, porque con las armas del confesionario, sus enseñanzas en las escuelas, podría ser causa del fanatismo, de la superstición y de la ignorancia; pero ahora que el cura está suplantado en esos oficios por el jesuita ó el fraile, esos males resultan enormemente agravados, porque ya no es sólo el fanatismo, la superstición y la ignorancia las cualidades que distinguen á los que caen bajo su férula, sino que tienen además un sello de doblez y de hipocresía, de prociadidad y de cinismo que les hace doblemente repulsivos. El niño entregado á la educación de un cura clásico de nuestra tierra, podrá salir hecho un fanático y un ignorante, entregado á un jesuita de los modernos, sale hecho fanático, ignorante, hipócrita y malvado.

Después de esta labor jesuita de tantos años en España, apoderados como están des-

de hace tiempo de la enseñanza, con su influencia en todas las clases sociales y con su intromisión en todos los organismos particulares y oficiales, no pueden buscarse en otra parte más que en su política y en sus ideas espárcidas en el seno de la sociedad actual, las causas de este rebajamiento moral, el origen de la falta de ideales nobles, del aplanamiento del espíritu público, del escepticismo que se ha apoderado de todos los ánimos, porque esta generación influida, educada, dominada por ellos, tiene el cerebro vacío de ideas y de pensamientos elevados y el corazón lleno de egoísmos y de concupiscencias.

Por eso ahora, cuando más falta hacen hombres de energía, enamorados de ideales redentores, entusiastas por las causas de la libertad y de la emancipación moral y material de los pueblos, vemos salir del seno de esta sociedad esos jóvenes pléóricos de extravagancias y exentos de sentimientos, que ni son monárquicos, ni liberales, ni demócratas, ni republicanos, ni socialistas, ni anarquistas, ni ateos, ni creyentes, ni nada más que egoístas, individualistas en la acepción más grosera y vulgar de la palabra, que no se creen con deber ninguno que cumplir con la humanidad.

Esta es la obra que en España ha hecho el jesuitismo en el orden moral. Este es el daño inmenso, el mal más grave que ha causado la política imperante; porque con el veneno que esas gentes siniestras han infiltrado con sus ideas y sus doctrinas en la inteligencia de la juventud y en el alma del pueblo, han corrompido todo cuanto de noble, de grande y de enérgico pudiera vibrar en el país como esperanza de futura salvación y engrandecimiento.

¿Podremos tolerar esto? No. Impóngese la necesidad á los que no estamos contaminados de hacer un supremo esfuerzo y arrancar de raíz la semilla jesuita sembrada en España, para que no fructifique más, si no queremos que la generación próxima nos maldiga.

JOSÉ GINTORA

## Lo que no debió decirse

Ya que se ha dicho públicamente en la Asamblea, tan públicamente que la prensa se ha ocupado de ello, ¿por qué he de callarlo yo?

Hace unos cuantos meses el Directorio de la fusión republicana acudió á los correligionarios en demanda de dinero, y la cantidad recaudada apenas llegó á la quinta parte de lo que debía haber sido.

El hecho, relatado así, es abrumador para los republicanos que están siempre hablando de abnegación y sacrificios. ¿Pero es así como debe relatarse? ¿No tiene otro aspecto la cuestión?

Prescindiendo de algunos detalles que no acreditan de perspectivas ni prácticos á los que hicieron la petición, fuerza es convenir en que la hicieron mal.

Casi todas, ó por lo menos muchas cuestiones, quedan resueltas al plantearlas; y esa ¿para qué ocultarlo? no se planteó bien.

Exigir á todas las provincias la misma cuota; equiparar, por ejemplo á Barcelona con Soria, es completamente absurdo, amén de nada equitativo.

Además, en estos asuntos debe predicarse con el ejemplo; nada tan convincente. Y si el Directorio, compuesto en su mayoría de personas que pueden imponerse ciertos sacrificios sin sacrificarlos, hubiera encabezado la suscripción de este modo:

El Directorio, sintiendo mucho no hacer más, se suscribe por pesetas. . . . .

y deja después á voluntad de cada republicano la cuota respectiva ¿quién duda que muy pocos habrían rehuido el compromiso y que algunos habrían superado todas las esperanzas?

Pedir de la manera que se pidió, era ir al fracaso casi á sabiendas; plantear la cuestión en condiciones poco viables.

Hicieron, pues, muy mal los oradores que aludieron al asunto en la Asamblea. Mejor habría sido no tocarlo.

Sabia todo lo ocurrido desde que ocurrió, y no lo he publicado hasta que lo he leído en la prensa monárquica. Carga la responsabilidad de la revelación sobre los que no han sabido hallar argumentos de otra clase para defender su gestión en el Directorio.

Y al decir esto, no trato de defender á los que apelan á triquiñuelas y subterfugios para no contribuir con lo que se les pedía. En estos casos, como en otros muchos, queda mejor el que no discute el sacrificio, aun cuando comprenda que va á ser estéril, que el que piensa de antemano que va á ser estéril y se abstiene de hacerlo.

Que en estas cuestiones no cabe lo de: «en caso de duda, abstente»; sino que debe decirse: «en caso de duda, pórtate bien».

## PECES GRANDES Y PECES CHICOS

No creo que será sospechoso á nadie de interesarse por el bienestar del clero. En mi modesta esfera de acción he dado bastantes pruebas de todo lo contrario.

Pero esto no me impide reconocer que en la distribución de los millones que el Estado le paga, se cometen grandes injusticias, y que mientras hay algunos que tienen más de lo superfluo, hay muchos que carecen hasta de lo necesario.

Los párrocos, excepto los de las grandes ciudades, cobran de 12 á 24 duros al mes, y los coadjutores de 8 á 14. ¡Vaya unos sueldos! Los beneficiados de 18 á 27, sin esperanzas de ascenso, con muy pocas de una jubilación irrisoria y con mucho trabajo.

Los obispos cobran desde 4.000 duros anuales á 12.000; los canónigos desde 3.000 pesetas á 5.000, sin contar otro tanto de sobresueldo, la misa segura, y no pocos gajes. No hay mitra que no produzca ocho mil duros, y algunas, como las de Madrid y Barcelona, que pasan de 27.000; las arzobispaes y la primada que fluctúan de 28 á 30.000.

Baste saber que más de una mitad del presupuesto clerical se queda en el alto clero que no llega á constar de 900 personas, y el resto ha de repartirse entre más de 22.000 de un modo mezquino; aunque esos son los que trabajan, los que tratan al pueblo y le sirven de algo (religiosamente considerado el servicio) captándose también su aversión con todas las consecuencias, por sacarle el dinero para que coman los gordos.

¿Es esto justicia? Pues el Vaticano y el episcopado lo han hecho y lo sostienen; los gobiernos monárquicos lo autorizan; los republicanos estamos llamados á proscribirlo.

Pues con ser tan injusto, la restauración lo agravó imponiendo un gravamen de 11 por 100 á todos los sueldos por igual. Así al obispo le toma de su asignación una friolera, y al pobre párroco, ó coadjutor, ó beneficiado lo revienta. Si en los nuevos presupuestos se hubieran aumentado el tributo, habría sido sobre esa misma base. Aun quedando así las cosas, ya resulta gravado el clero con las cédenas de veindad, y si interpretamos bien el articulado, con otros impuestos, que habrá de sufrir el pobre, siempre el pobre.

Porque mucho hay en la Iglesia española de donde arbitrar recursos. Ahí están los *acercos* pios que se comen los obispos y los canónigos; ahí los fondos secretos, las fincas ocultas, las capellanías incumplidas; ahí los sueldos de obispos, canónigos y curas urbanos; ahí un número excesivo de canongías que amortizan y de obispos que suprimir; ahí el sueldo de ese nuevo cardenal Llavenera; ahí miles de fincas habitadas por frailes, que no pagan por ellas contribución. Pero todo esto, como la riqueza oculta, es el *Sancto Sanctorum* intangible, porque atañe al Vaticano, á la aristocracia y al caciquismo que, son la vida del gobierno.

¿Los curas se mueren de hambre? ¿los templos parroquiales se hunden y están mal servidos? ¿el pueblo no puede con los impuestos?

Bien; pero, ¿los obispos viven en la opulencia? ¿los jesuitas, frailes y beatos ocupan suntuosos edificios alhajados lujosamente? ¿nobles y caciques disfrutan toda la riqueza y los altos empleos? Pues esto es lo esencial: sálvense los grandes y perezca el universo.

Suprimiría yo de buena gana el presupuesto del clero, sin separar por esto la Iglesia del Estado, pues sabido es mi lema: «la Iglesia esclava en el Estado libre.» Pero mientras á los contribuyentes se les esquime para pagar al clero, pediré la equitativa distribución de los millones que le entregan.

Que una cosa es que yo combata al clero por considerarlo perjudicial para las ideas que profeso, y otra el que pida que se haga justicia á los que, dentro de su seno carecen de lo preciso, se ven despreciados y explotados indignamente.

Y decía el conde de las Almenas en el mitin del sábado:

«Yo soy conservador; yo soy católico, apostólico romano; pero soy también amigo de la verdad y la justicia.»

Lo cual quiere decir que, para ser amigo de la verdad y la justicia, no basta con ser católico y conservador.

Aun cuando ya lo sabía, recojo y hago valer opinión tan autorizada.

## Mi gozo en un pozo

El obispo de Palencia es un hombre muy notable, aunque no lo pareciera. Testimonio de esta verdad son sus últimas disposiciones, publicadas en el *Boletín* de su diócesis. Llevado de su filantropía, á la vez que impulsado por sus sentimientos religiosos, ha concedido la licencia necesaria para que pueda trabajarse en su diócesis los días festivos durante la recolección de frutos, excepto ciertos días que señala, y con la precisa obligación de oír misa. Y teniendo en cuenta que los jornaleros pueden comer el día que trabajan y cuando huelgan ayunan por necesidad, ha dispuesto asimismo que en aquellos días que por precepto cristiano deben de trabajar, sean socorridos de su bolsillo particular con 6, 7, 8 y 9 reales, según se regule en cada localidad el precio del jornal diario del trabajador.

Me parece muy bien lo dispuesto por ese prelado, y lamento el que no imiten su conducta los demás, ya que el que menos cobra de 16 á 20.000 duros al año por derechos de mitra y la paga que reciben del Estado.

Escritas las anteriores líneas, recibo cartas de Coria, Ciudad Rodrigo y Badajoz, diciéndome que los obispos de estas diócesis han publicado circulares en sus respectivos *Boletines*, imitando la generosidad del de Palencia. Y es que cuando se hace una cosa buena todos la quieren imitar.

Al acabar de escribir ese párrafo, recibo otras varias cartas de Palencia, diciéndome que todo es verdad en este asunto, menos lo de que el obispo de aquella diócesis haya señalado ni un céntimo á los obreros que ayunan los días que no trabajan.

Y siendo así, sospecho que mienten los que me han dicho que los obispos de Badajoz, Ciudad Real y Coria habían imitado ese supuesto rasgo del de Palencia; que mal puede imitarse lo que no existe.

Queden, pues, todos en el lugar que le corresponde, los obispos cobrando y los trabajadores sin comer.



## LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

En todo orden de ideas la reacción era espantosa. Por un artículo publicado en *El Universal* fueron condenados sus dos primeros redactores, don José Villanueva y fray José de la Canal, el primero a seis años de presidio y el segundo a reclusión por igual tiempo en el convento más rígido de su orden.

Apenas pasaba día sin que partiesen atrallados a Ceuta y Filipinas, no sólo los vocales de Cortes, sino también ciudadanos sin cargo alguno, éstos por haber hablado en los cafés, aquellos por haber escrito en los papeles públicos, unos por su opinión política, otros por una palabra inofensiva.

Cuando no había pretextos, se inventaban. El fiscal pidió la pena de muerte contra el brigadier Moscoso, porque mientras algunos militares elogiaban la Constitución, él no desplegó sus labios. A pena capital se sentenció también al sabio e ilustre economista Flores Estrada, por haber sido elegido en tiempo de las Cortes presidente de una reunión patriótica celebrada en el café de Apolo, en Cádiz, aunque no admitió el cargo.

Abuelito el presbítero don Juan Antonio López del delito de haber aplaudido a los diputados liberales desde las galerías de las Cortes, por resultar probada su inocencia, el rey decretó en 17 de Noviembre que cno se conformaba con que se le pusiese en libertad, y que se le reclusiese en un convento por seis meses, cuya pena sufrió.

Don María Villalba escribió una carta festiva refiriendo algunos lances amorosos del rey, de que se hacían lenguas sus cortesanos. Violado como de costumbre el secreto de la correspondencia, conoció el rey la carta, y don María Villalba fue encarcelada en una prisión. El fiscal pedía contra ella la pena de muerte; pero visitando el rey la cárcel donde la infeliz se hallaba, una persona de su influencia consiguió arrancarle, no la libertad, la conmutación de la pena.

Por una sola palabra pronunciada en público por don Tomás Murga, condenóle el rey (10 Abril 1845) a cuatro años de presidio en Melilla y mil duros de multa. Y porque juntos elogiaron en el café de Levante el talento de Napoleón, don Juan Antonio Hurtado, don Manuel Figueroa Vázquez, don Francisco Meseguer y don Pascual Navarro, fueron a presidio.

Por haber aplaudido a los diputados liberales en las Cortes y concurrido a una serenata dada a varios de ellos, fue condenado a muerte el menestral Pablo Rodríguez, conocido por el *Cojo de Mataga*. Ni un solo testigo depuso en contra y los porteros de las tribunas del Congreso lo negaron, por lo cual la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, no aprobó la sentencia de muerte y lo condenó a presidio. El rey se adhirió al dictamen del único juez que votó la muerte, un tal Vadillo, y el rey lo fue puesto en capilla.

Como Rodríguez era muy popular y querido, el embajador inglés, hermano de Wellington, se hizo eco del deseo general, y recordó que nadie debía ser castigado por delitos de opinión anteriores a la vuelta del rey; éste no se atrevió a desairarle, pero se complació en no conceder el indulto hasta el momento mismo en que el infeliz condenado sabía el sitio de la ejecución, es decir, cuando ya había sufrido todas las angustias de la muerte. Se le conmutó la pena capital con la de presidio indefinido.

El diputado don Isidoro Antillón, sabio geógrafo, fué arrancado de su lecho en tan grave estado, que murió antes de llegar a la prisión.

«Horrible comienzo de un reinado tan deseado por los españoles! dice un historiador. Por afrancesados o por liberales pararon en el destierro o los calabozos, republicanos insignes, filósofos, autores, historiadores, poetas; en suma, lo más grande de aquella generación. Allí en Francia,aban Moratin, restaurador del teatro; Meléndez Valdés, el tierno cantor del Zurguen; Burgos, traductor de Horacio; Conde, perspicuo historiador; Lista, maestro de numerosa pléyade de literatos; Marchena, Mora, Fernández Angulo y tantos más; y en España ó en sus posesiones ultramarinas, arrastraban el grillete del presidio, allego, egregio lirico; Quintana el laureado, cuyos versos despertaron tanto como el látigo nacionalístico el amor a la patria; Carvajal, traductor de los Psalms; Torneo, el historiador de la revolución española; Martínez de la Rosa, político regio; Tapia, Villanueva, Argüelles, Calatrava, Argüelles y otros y otros, sin los cuales la gloria de siglo XIX hubiera parecido campo de oleada donde toda barbarie tenía asiento».

Para estar bien con el rey, los realistas trataban de excederle en celo y crueldad. El general donde de La Bisbal, sabiendo que no le miraba muy bien, se aprovechó de una infame y falsa denuncia sobre una conspiración, que le hizo un cuartelillo de acuerdo con el general Eguía, y entras los vecinos de Cádiz dormían tranquilamente, sacó las tropas a la calle, colocó varios cañones, estableció un reten en los salones del café de Apolo cambiando a aquella hora el rótulo por el de *Café del Rey*, todo lo cual hizo morir de susto al desgraciado dueño; colocó una horca en la plaza de San Antonio y llenó las cárceles y los presidios por delaciones de los frailes.

El gobierno aparentó creer en la supuesta conspiración y que tenía ramificaciones en Madrid, y en consecuencia ordenó prisiones en masa; sólo en la noche del 16 al 17 de Septiembre prendióse 80 individuos.

Negrete, comisario regio, fué enviado por el rey a Andalucía con facultades omnímodas y secretas; llegó a Sevilla y atestó las cárceles de presos, a quienes un clérigo llamado Garzón procuraba aterrorizar arrastrando en el silencio de la noche cadenas por la escalera, para que creyesen que atormentaban a sus compañeros, y, aterrados, denunciaban a los liberales.

Otro hecho infame, perpetrado con el objeto de que la losa del sepulcro guardase criminales secretos de la vida pública y privada del rey. Don Juan de Amezaga, primer caballero, vivió mucho tiempo en Valencia en la intimidad de Fernando; ando como él sabía la vida que allí hizo. Entró en España, mas al llegar a Aragón prendieronle de orden de su amo y lo procesaron; y merced a una certificación expedida por un secretario del rey, declarando que había faltado a la fidelidad de vasallo sirviendo de carcelero a su soberano, fué condenado al último suplicio. Impetrada en vano la real clemencia, suicidóse el desgraciado en la cárcel con una navaja de afeitar.

(Continuará.)

## Por si acaso

Es probable que no vuelva a reunirse la Asamblea de la fusión republicana. Si los acontecimientos se precipitan, como creemos, por esto; y si España sigue

dando pruebas de resignación cristiana y asquerosa, por esto también.

Por si yo me equivocase, voy a indicar algo que entonces debemos hacer los republicanos de Madrid, ya que ahora no lo hemos hecho: tener de antemano preparado local donde celebrar las sesiones, costeado por nosotros, exclusivamente por nosotros.

Pues no es ciertamente dar pruebas de consideración hacia los que dejan sus quehaceres cuando se les llama, y se pagan el viaje y su estancia aquí, el decirles: «Queridos correligionarios: el que quiera discutir con nosotros, que lleve dos duros para entrar en el local.»

Ya sé, ya sé que en la democracia todos tenemos los mismos deberes e iguales derechos; pero tampoco ignoro que hay razones de educación y de buen gusto que deben sobreponerse a tan igualitario aforismo, cuando se trata de quienes, en cierto modo, pudiéramos considerar como huéspedes, y que seguramente no nos harían pagar ni un céntimo por alquiler de local el día que fuéramos a tratar asuntos políticos en sus respectivas residencias.

Con que quedamos en que, si ahora nos hemos portado un poquito torpe ó tacañamente, en adelante seremos dignos de nosotros mismos.

## EL FUSILAMIENTO DE UN SOLDADO Y EL DERECHO DE DOMINIO

La propiedad privada, rodeada de tantos respetos por los elementos conservadores, ha sido violada por la representación de la autoridad militar con motivo del tristísimo espectáculo que el viernes presencié el pueblo de Madrid.

El fusilamiento de Pacheco ha planteado en el derecho privado un problema jurídico que acusa verdadera invasión del Estado y que implica manifiesto acto de despojo. Silvela, el hombre del sentido jurídico, es un prisionero de sus frases, que las inventa para que sus subalternos se encarguen de demostrar la ineffectividad de ellas y el falseamiento de su significado.

Pero no, no tiene Silvela la culpa, ni tiene la culpa el poder público; la tenemos todos; la tiene el ciudadano, para quien se han establecido derechos y deberes, y que nise abe ejercitar aquéllos ni cumplir éstos. Si los dueños de los terrenos en que se ha verificado el derramamiento de sangre del soldado Pacheco, hubieran estado atentos a la limitación de su dominio, realizada por un organismo del Estado, hubieran requerido el concurso del juzgado de guardia, y el despojo no se hubiese llevado a efecto, ó hubiera sido atropellada por la fuerza militar la balanza de la justicia y con ella la Constitución del Estado con el derecho privado, que implica la negación del dominio y una manera de socialismo por el Estado que todavía no ha encarnado en nuestras leyes, porque aún no existe institución jurídica que declare la invasión libre del Estado sobre el dominio de la propiedad privada. Y para concluir declaro que, si como letrado de los dueños, ó como señor de los terrenos en que se ha cumplido la justicia militar en el desgraciado Pacheco, hubiese requerido la autoridad del juzgado de guardia para evitar el espectáculo, si se hubiese atropellado a la justicia como se olvidó el derecho, la protesta solemne estaría formulada.

Los pueblos que quieren ser libres deben reclamar sus derechos y cumplir sus deberes. El que no tiene valor para ejercitar su derecho, es que no se encuentra fuerte para cumplir su deber.

Si hay polémica, trataremos el asunto con la extensión que merece, haciendo aquí punto en atención a que a *El Motin* no le gustan los artículos largos.

A. ALBERT

## Comillas y los jesuitas

La gran noticia del mundo reaccionario: el egregio marqués y la Empresa Jesús y Compañía, han empezado a tomar chocolate de espaldas.

El Comillas está indignado con los Padres; dice a las personas de su confianza que son unos sacerdotes de pega, orgullosos y avarientos, sin más Dios que el dinero y la dominación absoluta y embrutecedora sobre todo el mundo. Que no trabajan y quieren el fruto de lo que trabajan los demás; que no hacen penitencia, ni son virtuosos ni sabios, sino simples mercachifles sin vergüenza; que a él lo han tenido engañado por muchos años, lo han explotado indignamente poniéndolo en ridícula odiosidad para toda la nación, y ahora por fin han llegado a descubrir su juego, consistente en apoderarse de toda la fortuna Comillas.

Bien decía mi padre, añade el marqués, que no me fiara de ellos; los conocía como nadie. Por su parte los jesuitas andan diciendo por esos círculos religiosos y aristocráticos reaccionarios, que don Claudio López es un imbécil degenerado, neurótico, sin talento ni dotes de ningún género como no sean la crueldad rencorosa, la avaricia insaciable y el orgullo más necio. (Son palabras del P. Sanz).

Aseguran que si ellos no le hubieran dirigido, no habría jamás dado un céntimo de limosna y socorro a las instituciones católicas, porque su fe no es otra cosa que un fanatismo femenino, una religión vaga é instintiva, no razonada ni ilustrada, que no doma ninguna pasión y es compatible con las más repugnantes.

Sin los Padres, don Claudio habría sido un López cualquiera que pronto habría malversado su fortuna, pues carece del talento financiero y las cualidades de su padre. El hijo es siniestro, pero no valiente ni arriesgado y ni para negrero habría podido servir etc.

Ambas descripciones son a cual más gráficas, expresivas y convenientes a la realidad. Riñeron las comadres y se supieron las verdades. Pero ¿por qué han reído Comillas y los jesuitas? ¿Aquí el secreto?

Don Antonio López, el primer Comillas y creador de esa gran fortuna en connivencia con los jesuitas, odiaba a éstos porque los conocía, y despreciaba a su hijo por fanático y torpe.

Quise educarle con ellos, mas no que se dejara dominar, derro der Antonio, y el muy tonto se ha tragado las paparruchas piadosas de esos pilletes, entregándose a ellos como una vieja estúpida.

Y al verse ya viejo don Antonio, llamó a un amigo de confianza y perito en negocios, con el cual arregló los suyos de manera que su hijo el marqués actual ni pudiera enagenar el grueso de la fortuna, unido al título nobiliario que heredaría.

Parace que los jesuitas, con ser tan finos sabuesos, no han sabido esta circunstancia hasta hace poco tiempo, cuando llegado el que creían momento oportuno y período álgido de la imbecilidad fanática de don Claudio, descubrieron su juego: quedarse con la casi totalidad de una fortuna que habían contribuido a aumentar a nombre del marqués como hacen con otras parecidas.

Pero el marqués, al ver claro el negocio se indignó tanto, que le costó una enfermedad de bilis negra y juró ser enemigo de la Compañía, suprimiendo todos los donativos a sus instituciones religiosas y toda protección a sus recomendados.

La Compañía, viendo perdida toda esperanza de poseer su fortuna, se apartó del marqués, y ahora se vengan unos de otros difamándose como comadres reñidas y procurando todo el daño posible. Don Claudio, que no puede vivir sin que alguien le domine y sin una conspiración reaccionaria, está a disposición de las empresas. No quiere ser integrista por odio a Necedad que no puede separarse de los jesuitas, aunque los aborrece. Quisiera consagrarse al absolutismo con la segunda rama borbónica, pero se encuentra con que Polavieja, Montaña y Necedad, agentes de los Padres, le han ocupado ya ese puesto; por eso piensa ahora en Carlos VII, y así está el hombre, indeciso y con el estómago perdido.

¿Explicará todo esto la millonada que, ayudado por los personajes, sus amigos y excompresarios, acaba de conseguir del gobierno en los presupuestos? Villaverde podrá decirlo.

EL PAIS

## SECCIÓN AMENA

CONTESTACIÓN (1)

Señor don Pepito Ascasas.

Mi estimado camarada:

Entusiasmando leí

su muy bien escrita carta

al gobernador Liniers,

mas fué torpeza mandársela.

Si su señoría es devota

de las más fieles y rancias;

si con el agua bendita

suele freír las patatas

y les reza unos latines

para que salgan *sufitadas*;

si espuma el puchero á peine

con el mismo que gastaba

el santo Job hace tiempo

para rascarse la sarna;

si además de esto, suprime

a diario la ensalada

para gastarse los céntimos

en rezos y cosas santas;

si el alpiste del canario

lo trueca por las estampas

de San Damián y San Cosme

y Santa Pipirijaina,

y así el pobre animalito

pelecha por la garganta;

si esto ya es intolerable,

pues que ni Cristo aguantara

las exacciones católicas

doméstico-clerical-carcas;

si esto es mucho jorobar;

si son numero-as cargas

las de billetes de rifas,

recibos, bulas, medallas,

imágenes y rosarios,

y otras baratijas santas,

¿por qué culpa usted á nadie?

¿Quién los calzones se planta

en ese hogar indoméstico

de que tan harto se halla?

¿Su mujer? ¿El cura párroco?...

Porque si usted los llevara,

no recurriría á Liniers,

cuya autoridad acaba

en el dintel de las puertas

que dan acceso á las casas.

¿Pues ni tanto ni tan calvo!

Esto sólo nos faltaba;

que el gobernador pudiera

meterse en nuestra morada

so pretexto de la doma,

de las mujeres beatas

que tienen maridos *frigilits*...

¡Esto, nuncal! ¡Fuera farsas!

Si usted es un *buen José*,

pues que le den una larga

y le pongan un cencerro

para guiar la vacada;

ó si le conviene más,

que le erijan una estatua

y hasta que lo canonicen,

(cajistas, con *h* el hasta);

y le recen oraciones

hasta que del burro caiga.

Pero que la autoridad

le saque á usted las castañas,

me ha parecido inocente,

ó mejor dicho, una guasa:

porque pretender que metan

en chirona á la morralla

que explota al prójimo hoy

por medio de martingalas,

es pedir peras al olmo,

sinceridad á Sagasta,

ejército á Polavieja,

(1) Véase el número 18,

y á don Francisco palabra...

Y pensar que puede un hombre

por muchísimo que valga,

y muy autoridad que sea,

sacarle á usted de las garras

de esa taifa de benditos

que le saquean la casa,

es pretender que los lobos

se muerdan en la manada,

que el cólera mate al tifus,

el hambre á la plutocracia,

ó que los conservadores

no se merienden á España!

En resumen, Pepe Ascasas;

que me entusiasmo su carta

por lo inocente, lo pulcra,

y por la protesta mansa

que respiran sus renglones

entre su forma galana,

pero donde al fin y al postre

solo hay una cosa clara:

Que más que el gobernador

arreglará usted su casa

si en vez de pedirle auxilio

acude usted á una estaca.

NOTA BENE: Este sistema

exige mucha constancia.

J. A. R.

## Jesuita de frac

Presidía este año la procesión del Sagrado Corazón en Sevilla un señor marqués de Esquivel, como gobernador interino, y al pasar por frente al templo evangélico, le relinchó la conciencia jesuita, y saliendo de estampía, llegó á la puerta, pasó el dintel y ordenó al pastor que cerrase.

El pastor citó textos legales, el neo se hizo el *lipendi*, y se retiró pronunciando estas polaviejistas palabras: «¡A la fuerza se cierra, y luego proteste usted!» Y así se hizo.

La prensa de Sevilla, con excepción de la nea, ha protestado del acto violento y anticonstitucional, así como varios amigos de la ley y de la justicia.

Bien; pero á mí, á decir verdad, me agrada tanto estas cosas, que quisiera ver tres ó cuatro diariamente; y me parece tan natural el que ocurran en este país de salvajes, como el que en China, país de salvajes también, escabechen á los católicos.

Dios ayuda á los malos cuando son más que los buenos, según la célebre coplilla. Por lo tanto, en China salen reventados los católicos y en España los protestantes. Como que son los menos.

Y después de ver esto, que me vengan con cuentos de que la religión es necesaria al hombre, sin añadir: «Es necesaria... para que no disfrute ni un momento de paz en la tierra.»

Sin negar por esto que en el caso presente la razón está de parte de los protestantes, y que siento mucho que el Esquivel ese y los católicos que le acompañaban no se propasaran un poco más, para que se convenciesen todos de que, así como el clericalismo nos hizo perder las Filipinas, puede traernos en la Península una gravísima complicación internacional.

Que si nos la traerá, tarde ó temprano.

El provisor Torres Asensi informó en estrados de la Audiencia de Madrid, sin ser abogado, cometiendo un delito penado en el Código.

Cualquier diputado republicano debería preguntar por qué no ha sido procesado ese provisor que engañó á una Sala fingiéndose abogado.

A menos, que como los monárquicos, crean que á los curas les está permitido faltar impunemente á las leyes.

## Crónica rural

Dr. D. José Nakens.

Muy señor mío: Escribo á usted por en cargo de mi cuñado el señor Frasquito, que está con los amigos en la ciudad para ver si se arregla con dinero, ó como sea, que no sea alcalde el señor Sabas, porque se trae muy malas ideas y á mí me está estropeando la casa, porque por la calle de adelante echa tierra porque dice que hay rodadas y se me va quedando la casa metida en lo hondo, y por detrás escarba para quitar los baches y todo el año tengo un pantano delante de la casa por la puerta falsa.

Pues Frasquito me dejó dicho por su mujer, que es mi hermana y besa á usted los pies, que si el periódico de su dirección digna de usted publicaba algo del tal don Francisco, que maldita sea la... usted perdona, pues que yo le escribiera á usted para que se supiera por qué no escribía; pero que él no sabía que yo estaba en Madrid por mor de arreglar un asunto de papeles antes que tenga que pagar como se pague ahora, que será más caro, lo cual que me río yo de los peces de colores y de que no nos echen más contribución á los labradores, que ya nos la sacarán por otro lado, y eso si vendemos el trigo y la cebada y á qué precio, que eso está por ver. Pues como ahora todos estamos guillados con lo de los presupuestos, pues ocurrió una cosa en el tren cuando yo vine, y se la contaré á usted porque tiene gracia, pero no es que usted la publique, que yo de esto de letra no entiendo como mi cuñado.

Pues me vine en el correo de Extremadura, lo cual que la empresa ha hecho de dos trenes uno porque le ha dado la gana, y ha hecho muy bien, que más haría yo con ella

si yo estuviera encima como ahora me toca estar debajo. Pues yo tomo de segunda y cuando no encuentro asiento me voy á tercera, y no á primera, porque no quiero tener cuestiones con ningún revisor, que es un hombre que se gana el pan, y si atropella á algún viajero será porque se lo manden los jefes, que son franceses. Pues así que me senté en tercera le dice uno que iba á un extremo, con un cura vestido de flamenco, á otro amigo suyo que iba al otro extremo donde iban unas mujeres:

—¡Eh! paisano, ¿qué tal se va ahí?

—Yo voy con una constelación que se ha caído del firmamento: ¿y usted?

—Yo llevo un cura con buen exterior.

—Pues oiga usted; cura, exterior, y en tren: nada de eso paga en los nuevos presupuestos.

—Pues el que no paga, ó es el amo ó queda á deber.

—Ahí le duele.

El cura se levantó muy incomodado y dijo:

—El que no paga es porque pega.

Entonces el que iba en su departamento le dijo:

—Pare usted los pies, señor cura, porque se me figura que cuando una persona, pongo por caso, lleva una corona en la cabeza, debe tener mucha prudencia y ninguna codicia.

Y no hubo más, y se callaron todos, y el tren salió con su correspondiente retraso, y al poco rato se notó muy mal olor, y nos dijeron que si era del río ó de las alcantarillas ó de unas charcas, y en esto paró el tren y gritaron: ¡Villaverde!

La corte á un lado, Villaverde al otro, y entre los dos un río de cieno.

Pásele usted bien, y aunque mi cuñado se lo tiene dicho, le digo que aquí tiene usted un amigo para lo que usted guste mandar que lo es

EL SEÑOR PACO

Valcalquier, Junio, 26, 99.

En la fach



nos, aún palpitantes, devueltos a la patria hace dos días, diera de para ir a las lenguas de los que directa o indirectamente escribieron esa página sangrienta en la historia de España; cuando esos políticos, ante todo horror por ellos mismos labrados, no sienten alterada su conciencia y persisten con tenacidad criminal en su pasada obra destructora; cuando la patria, postrada de hinojos ante ellos, les pide con santa humildad un momento de reflexión y una hora de justicia que la niegan despiadadamente, esos políticos se complacen dentro del mismo santuario de las leyes, no en emplear sus energías en una tarea levantada y noble, sino en arrojarlas mutuamente al rostro el fango que los envuelve.

La letrina hiede, a pesar del inodoro que la cubre. El político en España enseña al través del brillante sombrero de copa y de la finísima e irreprochable levita, su conciencia intranquila y su corazón helado, sólo sensible al calor de un egoísmo por todos conocido y por todos maldito. Poco importaría al que profundiza el surco en la tierra y deposita en el cuidadosamente la semilla fructífera, que más tarde transforme el obrero en el pan que alimenta al político y en el delicadísimo tejido de la levita que viste, esa lucha sangrienta de circo romano en donde los leones de nuestros días se despedazan sin piedad, si las salpicaduras de ese cieno no traspasaran los muros en donde se alberga y no fuese a manchar la sudorosa frente de esa masa desgraciada que todo lo da: trabajo, sangre y dinero, para nutrir a una patria que tan ignominiosamente paga sus sacrificios.

La tempestad asola los campos y sume en la miseria a sus cultivadores; el hambre, cubierta con el horrible sudario de la muerte, invade el hogar miserable del infeliz campesino, y los ayes de dolor y el estertor de su agonía llegan, sí, al oído de nuestros políticos, pero no regularizan su pulso ni aceleran la circulación de su sangre.

Ellos digieren bien el almuerzo succulento, arrellanados cómodamente en el rojo escudo de la Cámara; saborean con deleite el caramelo que reciben de manos de la presidencia, símbolo del caramelo aún más dulce del presupuesto que les espera con los brazos abiertos para darles a libar la miel de su seno como amantísimo nido de parásitos; luego cada uno de sus hábitos en la innócentia intelectual, y terminado el espectáculo y la febril labor digestiva, regresan al hogar repleto, en donde ante la opulenta comitiva y los vinos exquisitos, relatan a sus convidados el triunfo de A. y la derrota de B.

Mientras tanto los desgraciados esperan agonizando el pequeño auxilio que humildemente piden, y que por fin aparece bajo la forma de un recatador de contribuciones que consuma, por orden superior, la horrible tarea de arrebatarles la última pitifera.

Es inútil que cientos de periódicos se esmeren día tras día en poner ante los ojos de nuestros legisladores la realidad de la ruina total que nos amenaza si persisten en su labor destructora.

Es empresa ilusoria pretender que la luz de la verdad penetre en cerebros oscurecidos por la vanidad y en corazones insensibles a todo sentimiento de justicia. Su brillante aureola ofende la vista de los que han vivido constantemente envueltos en las nieblas del error y de la hipocresía, y su calor benéfico es impotente para penetrar a través de la incombustible coraza que cubre los corazones egoístas.

¿Qué importa que haya veinte o cincuenta políticos de honradas intenciones, si la ola de la fe criminal que anima al mayor número aboga sus buenos propósitos? ¿De qué sirve la razón de los menos contra la tiranía de los más? ¿A qué, pues, gastar energías del espíritu en lucas resacas?

Reservémoslas para mayores empresas, confiando en que nos seguirán todos lo que veneran la enseña de la patria y presenten como nosotros muy cercano el día en que dejarán de saludarla las demas naciones, si no rompemos, pero muy pronto, las ignominiosas cadenas que nos impiden realizar la gloriosa tarea de dignificarla.

JOSÉ MOSQUERA CARTÓN

Vigo 17 Junio 1899.

## Una aclaración

En la carta de don Isidoro Garrido, que no se escribió para ser publicada, pero que yo inserté en EL MOTIN del día 15 del actual, por creer que lo merecía, salió una errata que debe salvarse.

Al hablar de Roque Barcia, dijo el señor Garrido que se rindió en cuanto sintió el aguijón del hambre; el cajista puso se vendió, y pasé la errata al corregir.

Esto es frecuente en los periódicos y casi nunca se rectifica; pero en este caso debe hacerse, porque la errata altera completamente el pensamiento del autor del artículo.

## Todos iguales

Habría quien crea que la religión reformada de Inglaterra, «the church of England» cerró todos los conventos, y que, cuando más, existen en aquella nación algunos claustros católicos. Pues se equivoca. Los detalles que siguen, suministrados por una exmonja, miss J. M. Povey, que ha colgado la toca después de 17 años de vida monástica protestante en el convento de F., demuestran que las prácticas de dicha vida son mucho peores aún que las de los conventos católicos.

Miss Povey, cuyas revelaciones han hecho sensación en Inglaterra, entró de novicia en el convento de F. en el año 1883, con el nombre de Sor María Inés. De sus afirmaciones se desprende que los «reformados», que vilipendian a los católicos y gritan: «Down with the Pope», [abajo el Papa], imitan absolutamente y exageran las costumbres de la Iglesia de Roma. Sólo que, en vez de rezar en latín, imploran a Dios en inglés, lo que no debe divertirse mucho al Padre Eterno.

Las inglesas, religiosas ó legas, tienen una costumbre singular: la flagelación. Las muchachas, acostumbradas a recibir latigazos en la escuela por la menor falta, acaban por habituarse del todo a ese castigo degradante. Esos castigos corporales son verdaderamente infames. Mr. Labouchere, individuo del Parlamento, publicó hace poco en su periódico «The Truth» acerca del particular algunos artículos que no me atrevería a traducir al español, por no ofender el pudor de mis lectores. Tan general es la costumbre del vicio de la flagelación, que no ha mucho se podía leer en un gran periódico de Londres el anuncio de una «señora» que se encargaba, mediante una libra esterlina de salario mensual, de ir a domicilio a azotar a las muchachas indisciplinadas.

¿Qué tal este «adelanto» moderno? No hay que extrañarse, pues, de que la literatura pornográfica inglesa tenga casi por base única el tema de «The Birch discipline», (la vara de abedul).

En los conventos protestantes, «the cat o' nine tails», el gato de nueve rabos desempeña un papel principal. Miss Povey cuenta que la superiora, «the Lady superior», pegaba continuamente a sus monjas; este «ejercicio» había venido a ser para la santa mujer una necesidad imperiosa. Miss Povey recibió un día un puñetazo en el oído que le reventó el tímpano. Ya se ve que en aquel convento no había medio de aburrirse. Un día que esa pobre monja se retrasó un minuto para el oficio de los maitines, la Superiora la llamó a su gabinete, y la mandó desnudarse por completo. Como vacilase, dos hermanas conversas la despojaron violentamente de todas sus prendas de vestir, y la ataron boca abajo sobre un banco llamado «the horse», (el caballo) y la madre Superiora, armada de unas disciplinas, la azotó, hasta quedar rendida, durante un cuarto de hora, mientras cantaba el «Miserere» y le repetía a su víctima: «You have got the devil in you. Y am going to beat him out». (Tiene usted el demonio en el cuerpo; yo estoy expulsándole a latigazos). Esta repugnante ceremonia se repetía a diario; ora en alguna monja, ora en las jóvenes novicias.

«Durante tres semanas—dice miss Povey—my bark was so sore that I could not lie in my bed which was straw put into sacks», (tenía tan dolorido el trasero que no podía acostarme en mi cama, hecha con sacos llenos de paja. Como no teníamos espejos, examiné mi trasero en un cubo de agua. Nunca olvidaré el espectáculo: mi piel estaba acardenalada, verde, negra).

Las monjas protestantes tienen escuelas de niñas, y en éstas privan las disciplinas. Por las faltas más insignificantes, las niñas de 8 a 15 años son condenadas a azotes. Una de ellas, llamada Alice, recibió un día 49 «lashes», 6 sean golpes con varas puestas a remojo en vinagre; y todo esto por haber, inadvertidamente, volcado un tintero.

Los votos pronunciados por las monjas protestantes son muy rigurosos: desde luego hay que hacer voto de pobreza con el fin de enriquecer al convento. «The vow of poverty» es una fuente de ingresos increíbles para esas instituciones desmorralizadoras. Después, la novicia tiene que firmar una declaración por la que abandona a la madre Superiora: «Body and soul, hands, eyes and feet» (cuerpo y alma, manos, ojos y pies). Ninguna puede andar, sentarse, comer, beber ó dormir sin la sanción de la «Lady superior». Así es,—añade miss Povey—que nos hacemos todas tan hipócritas como viciosas.

El padre director no era el amo en el convento de F.; si no, la regla para las monjas hubiese sido mucho más suave. Pero la Superiora acaparaba buen nombre de una manera exclusiva: no toleraba que interviniese lo más mínimo en las cuestiones de disciplina, y cuando le veía inclinado a la compasión para con alguna de sus subordinadas, la castigaba más fuerte. Esa Superiora se divirtió un día en descalsar a una novicia que padecía una enfermedad del pulmón y obligarla a pasear así por el jardín, en que había una capa de nieve de un pie de altura. Parece mentira que abominaciones semejantes sean posibles en una nación civilizada. Al menos las monjas católicas sirven para algo. Hablo de las hermanitas de los pobres y de las enfermeras; de las que no tienen clausura. En Inglaterra no hay sino conventos con clausura.

Miss Povey cuenta en términos muy escabrosos la riña entre el padre director y la «Mother superior». A consecuencia de esa riña fué nuestra monja trasladada a S., en el Devonshire, y luego a L., en el Cornwall. Pero la Superiora de L., era aún peor que la «Mother» de F.. He aquí lo que ésta fué a sufrir a la pobre «sister» el día de su llegada al convento: «Me desnudaron del todo—dice miss Povey—y me acostaron boca abajo en un gergón delante de la puerta de la capilla. Las monjas, las discípulas, los sacerdotes y los frailes que iban a los oficios tenían orden de frotarse los pies en mis espaldas antes de entrar. Las monjas y las niñas, pisándose los riñones con sus zapatones de gruesos clavos, me hicieron mucho daño. Los hombres vacilaron un momento. Se les amenazó con la excomunión y tuvieron que obedecer. Uno de ellos, un joven fraile de 22 años, lloraba a lágrima viva. No me hizo dóna alguno al pasar por encima de mí. Esta ceremonia se repitió durante ocho días, por la mañana y por la noche».

Omito los ayunos forzados y las humillaciones innobles de todas clases a las que miss Povey fué sometida durante 17 años. Es un milagro que no haya muerto a consecuencia de tantos malos tratos. Nuestra ex-monja ha publicado, bajo los auspicios del reverendo W. Lancelot Holland, cura párroco de la iglesia de All-Saints, en Harcham, su curiosas memorias, de las que he sacado la mayor parte de los precitados detalles. ¡Ojalá la lectura del interesante opúsculo contribuya a ilustrar las masas acerca de las ignominias de los conventos, é induzca a los Gobiernos a suprimir radicalmente esos centros de inmundicia y de embrutecimiento!

JAMES BROWN

(El Océano).

## Republicanos de Badajoz

Sr. Administrador de EL MOTIN.

Muy señor mío: Con esta fecha me retira el periódico, por no tener en ésta aceptación, y por el mismo correo le devuelvo 20 ejemplares.

Los pocos que se han vendido, ha sido por compromiso. Del importe de los vendidos he hecho entrega a don Manuel Rubio. Si insiste en mandarlo, se lo devolveré. Soy de usted afilmo. s. q. b. s. m.

MIGUEL GONZALEZ SANCHEZ

Badajoz 21 Junio de 1899.

Siempre se distinguió Extremadura por su amor a la libertad y Badajoz por su decidido entusiasmo hacia la causa republicana.

En tiempos ya muy lejanos se iniciaron en la antigua capital extremeña movimientos políticos de gran resonancia, y aun más modernamente, en 1859 Sixto Cámara, y en 1883 Asensio Vega, realizaron intenciones puramente republicanas; todo lo cual demuestra que en Badajoz existió siempre una masa popular dispuesta a sacrificarse por nuestra causa.

Ahora las cosas han variado mucho, dando al traste con los trabajos que los antiguos apóstoles de la República habían realizado en Badajoz. Y en parte se comprende.

Desde que hay allí exrepúblicanos y masones del gremio de boticarios que son hoy el alma de los jesuitas, y otros

del gremio de médicos, grados superiores de la logia Paz Augusta, que llevan su fanatismo hasta mandar a los enfermos, después de extender las recetas, que enciendan de paso dos velas a la Virgen de la Soledad, mofándose así de ésta, ó de su profesión, ó de ambas cosas; desde que abundan los republicanos que eclipsan a los más retrogrados en lo de hacer alardes de creencias fingidas, convirtiéndose así en comparas indecentes de la reacción, ¿cómo extrañar que EL MOTIN no tenga hoy en Badajoz la acogida que siempre tuvo? ¿Cómo dejar de darle la razón a ese corresponsal que se da de baja?

EL MOTIN es comida demasiado fuerte, aunque sana, para los enfermos de la voluntad, los flacos de convicción, los que están a ver venir la República sin romper en absoluto con la monarquía, en suma, para los débiles y los hipócritas.

Y siendo así ¿podría yo quejarme de que en Badajoz no se venda un solo número de EL MOTIN, como ocurre en Tuy, Segorbe, Coria y otras poblaciones de tradición reaccionaria?

No, lo encuentro muy natural y muy lógico.

## RESPUESTA

Señor don P. Llanos Guerrero.

Muy señor mío: Si usted se sirve enviarme los datos que envía a todo el que le remite 150 céntimos, explicativos de cómo se pueden ganar anualmente 5.000 pesetas con un capital de 125; y si los datos son tales que me convencen de que tal cosa es posible sin entrar para nada en el asunto ni la lotería ni un milagro parecido al de la multiplicación de los panes y los peces, yo le prometo a usted retirar en absoluto las frases que le han disgustado en el suelto que dediqué al asunto en el número anterior. Y haré más; me convertiré (gratis) en propagandista de su invento.

¿Qué mayor felicidad para mí que la de contribuir a que todos los españoles se hagan ricos, ó, por lo menos, tengan para ir tirando?

Esperando su contestación, se repite de usted afectísimo atento seguro servidor

EL MOTIN

## Autos de fe

4.º

El primer Auto de fe que se tiene conocimiento en América, tuvo lugar en México en 1574, siendo ejecutadas 87 personas, entre ellas dos frailes acusados de luteranos:

Quemados vivos (frailes)..... 2  
Descoyuntados, mutilados y marcados (naturales)..... 85

Los Autos celebrados en América fueron numerosos, y muchos los miles de víctimas devoradas por el Mástruo católico. Pero ya por lo poco que entonces se escribía, ya por la calidad humilde de los ejecutados, ya porque, al conseguir las Américas su independencia de España (aunque no del Vaticano, pues en su mayoría continuaban siendo católicas) quedasen en aquellos obispos los documentos, es lo cierto que se ignoran los actos inquisitoriales allí ejecutados.

En la Península, y por análogas razones que en América, se ignora también el número de víctimas, y sobre todo, el valor de los bienes confiscados.

Entre los muchísimos Autos que tuvieron lugar en el reinado de Carlos 2.º, sólo relataremos, como muestra, el ejecutado para celebrar su casamiento con la sensible católica, María Luisa de B. rón:

Descoyuntados en el tormento, agarrados después, y por último quemados..... 19  
Quemados en estaca por haber fallecido durante la prisión..... 35  
Purificados en el tormento y marcados..... 55  
Adjudados de sus errores en el tormento..... 16

Entre los muchos festejos celebrados en la Corte a la llegada de Felipe 5.º, tuvo lugar un Auto de fe solemne, en que fueron ejecutadas 51 personas, sin que consten detalles. Escusóse el nuevo rey de presidir el católico acto, pretextando cansancio, y delegó en la primera autoridad de Madrid. Pero el Inquisidor general, terminado que hubo el acto, se trasladó con toda pompa al Real palacio, y exigió al rey, puesto de rodillas, el juramento de rito, con tanto más motivo, cuanto que era el primero de este género que prestaba en la católica España.

En el reinado de Felipe 5.º, fueron ejecutadas en la Inquisición, personas..... 16.432  
En el de su hijo Fernando 6.º..... 2.180  
En el de Carlos 3.º..... 60  
En el de Carlos 4.º..... 290  
En el de José 1.º (Napoleón)..... »  
En el de Fernando 7.º (desde 1814 a 1823)..... 15.608

En este último reinado se empleó la justicia civil a la vez que la eclesiástica, sin otras formalidades que la lista de liberales que presentaba el cura ó el fraile.

El primer decreto que firmó José 1.º al llegar a España, fué la supresión de la Inquisición y de los diezmos y primicias, poniendo en libertad a cuantos gemían en los calabozos acusados de falta de fe católica.

Y el primer decreto que firmó Fernando 7.º, a su regreso de Francia, después de asistir al Te-dum en la catedral de Valencia, fué armando a los frailes, restableciendo la Inquisición, los diezmos y primicias, y la persecución, con confiscación de bienes, de todos los que directa ó indirectamente hubiesen prestado servicio al rey demócrata; bastando para ejecutar a los liberales la

lista de ellos que presentase el cura ó el fraile, según queda dicho.

En un solo día fueron ahorcados en la Península:

En Madrid.....	15
En Coruña.....	10
En Almería.....	30
En Sevilla.....	24
En Málaga.....	22
En Valencia.....	18
En Tarifa.....	102

La Inquisición, como dejamos relatado, tuvo principio en el siglo 13 en Barcelona a ciencia y paciencia del pueblo y de las autoridades. Fué destruida por las tropas de Napoleón, y vuelve a brotar ahora, en el mismo Barcelona.

Los actos inquisitoriales eran un crimen de primera magnitud; un crimen con las agravantes de abuso de autoridad, premeditación, seguro de impunidad, robo, muerte y ensañamiento.

Y por este medio, el monopolio del nacimiento, casamiento y enterramiento, la estufa en el con-sionario, la venta de indulgencias, las industrias civiles libres de tributos, y los diezmos y primicias, etc., etc., llegó a poseer la Iglesia católica en España, la 5.ª parte de su riqueza; riqueza a que se cree con legítimo derecho, aunque parezca mentira.

MERCURIO

Tenía ya ajustado el número anterior, y en primera plana el artículo que a continuación va, cuando asistí a la sesión de la Asamblea del martes último.

Al ver lo que allí ocurría y pareciéndome poco generoso combatir a uno de los hombres que en aquel instante juzgaban algunos miembros de la Asamblea con dureza y acritud, retiré el artículo en la mañana del miércoles.

Quizás no lo hubiera hecho si va firmado por mí; pero yendo por otro, y pudiendo esto dar lugar a que se pensara que había tratado yo de tirar la piedra con mano ajena, lo retiré con doble motivo.

Hoy que la Asamblea ha concluido y Azcarate sigue en el Directorio, publico el artículo, declarando que estoy perfectamente de acuerdo con todo lo que dice en el su autor; y que, tanto en la discusión de las actas de Madrid, como después en las de Barcelona, ha debido la minoría republicana hacer obstrucción, aunque el Congreso no se hubiese constituido en tres meses.

Dicen los diputados que han cedido por patriotismo, cuando precisamente el patriotismo consiste hoy en no dar medios de gobernar a los reaccionarios. Lo demás es convencionalismo, componenda, politiquilla, todo lo que los republicanos debemos combatir.

Esto sin olvidar lo más importante; que no hay nada más patriótico que purificar el sufragio, base principalísima de regeneración, suponiendo que la regeneración sea posible.

Y dicho esto, allá va el artículo:

## ¡Fuera los cobardes!

Acabo de leer en un periódico la siguiente noticia:

«El señor Azcarate contestó que, aunque el gobierno había demostrado que no podían fiarse de su palabra (los republicanos), la minoría republicana estaba dispuesta a no hacer obstrucción y a que el Congreso se constituya mañana. (17 de Junio).»

Ira,asco, rabia, desesperación, ó todo a un tiempo he sentido al leer semejante salida de tono.

¿Hace suyas estas palabras la minoría republicana? ¡Sí! Pues está de sobra en el Congreso.

Después de las grandes catástrofes ocurridas, después de la conducta de los monárquicos desde la restauración hasta hoy, después que a los republicanos (que no somos diputados) se nos niega hasta el agua, después de manifestar el señor Azcarate mismo que no se puede fiar de la palabra del gobierno renunciar por patriotismo a hacer obstrucción!

Ya lo sabes, pueblo sufrido, que trabajas con fe por elegir diputados republicanos. Ese es el pago que te dan. No hacer obstrucción, cuando no se comprende semejante idea en quien no debía pasar un solo día sin crear un conflicto al gobierno. ¿Que no se constituye el Congreso? ¡Y qué, señor Azcarate! Eso es lo que usted debía buscar. ¿Que no quiere admitirse a Morayta? Pues no haberlo estorbado. ¿Tiene usted miedo? Pues a casa. ¡Fuera los cobardes!

¿Cómo se conoce que el señor Azcarate tiene seguro su feudo de León y va a gusto en el machito! ¿Qué le importa a él del pueblo republicano? Que lo parta un rayo. ¡Ah, si Morayta no hubiera sido admitido como diputado; si la minoría republicana hubiera combatido con entereza todas las actas sucias sin transigir por un patriotismo mentiroso; si hubiera hecho desde el primer día obstrucción verdad, ¡quién sabe dónde estaríamos a estas horas! ¡Transigir! Si así es, yo afirmo desde luego que el señor Azcarate no va a ninguna parte, y, por lo tanto, debe retirarse por el foro. Le han contagiado los monárquicos y se ha inutilizado.

Con seguridad que el señor Azcarate, cuando se hable de Cuba y Filipinas, no se atreverá a pronunciar la palabra ladrones. Pues los diputados republicanos que así obran, son una calamidad para la República.

Quien no tenga valor para afrontar todos los peligros, que no estorbe. Si el señor Azcarate transige por miedo a la revolución, que se vaya.

¡Fuera, fuera los cobardes!

El partido republicano está cansado de tanta farsa, y debe solemnemente desautorizar a todos esos Azcarates del republicano español, que no sirven más que de estorbo. Si el señor Salmerón hablara sin estar hipnotizado por el señor Azcarate, quizá nos dijera que éste ha sido el es-

torbo que le ha impedido realizar grandes empresas en favor de la República.

No, el señor Azcarate no debe sentarse en el Congreso, porque tiene miedo. ¡Fuera, fuera los cobardes!

PASCUAL CUCARELLA

Carcagente 16 Junio 99.

## El cierre de tiendas

MADRID

Las calles muy animadas en la mañana del lunes y el público haciendo vivos comentarios sobre los planes de Hacienda.

La salida de la comisión de la Cámara de Comercio encargada de entregar al presidente del Congreso la protesta que ha redactado, es saludada con aplausos y vivas. En varias calles, oradores improvisados pronuncian vehementes discursos que son acogidos con entusiasmo indescriptible.

Conato de arrastrar a un guardia que echó mano al revólver contra la multitud.

Grupo que cruza por la Puerta del Sol silbando y gritando: «¡abajo Villaverde!» Silvela, que regresa de Palacio en aquel momento, horrorosamente silbado.

Los cristales de las tiendas abiertas caen a pedrada limpia.

Se hacen varias detenciones.

ZARAGOZA

Un grupo asalta la Diputación, destruyendo los despachos del presidente y vicepresidente; otros hacen retirar a pedradas a la guardia civil de infantería, apedrean al general Borbón, amagan con un navajazo al gobernador civil, que casi cortó del todo la muñeca a un inspector de policía que se interpuso; es muerto un guardia, herido un teniente en el casino principal por querer, sable en mano, detener al pueblo; resultan 3 muertos y 30 paisanos heridos en las cargas que da la guardia civil de caballería. Se proclama la ley marcial.

Los grupos se dirigen al colegio de jesuitas, rocián con petróleo las puertas de entrada, prenden fuego, los jesuitas huyen por la puerta, y si la policía y la guardia civil no llegan tan pronto, habría pasado allí algo muy gordo, pues en pocos minutos habían ya destruido el vestíbulo.

Otros grupos se dirigen al Pilar para coger la espada que Polavieja depositó a los pies de la virgen y tirarla al Ebro, pero no pudieron conseguirla.

Al día siguiente, martes, y a eso de las dos de la tarde, el pueblo silba a la fuerza de caballería y la fuerza dispara contra el pueblo. Los grupos dicen a la tropa que por qué no hicieran aquello con yankis y tagalos. Mueren ocho paisanos y quedan heridos 40. De militares, cinco ó seis heridos; muchas detenciones.

MURCIA

Unas doce mil personas recorriendo las calles al compás del himno de Riego; pedrea contra el gobierno civil entremezclada con algún disparo; farolas y cristales hechos añicos; detención de 35 individuos; la multitud pidiendo amenazadora que los pongan en libertad, hasta que lo consiguen; aplausos a los detenidos.

VALENCIA

¡Abajo el gobierno! grita el pueblo recorriendo las calles; repetidas cargas de la guardia civil, resultando más de 20 heridos, entre ellos una mujer de 70 años y un niño de 4. Estado de sitio.

SEVILLA

Pide un grupo que el Casino militar cierre sus puertas, se niegan los oficiales, comienza la pedrea, son rotas sillas y cristales; la guardia civil dispara contra un grupo que le había tirado unas botellas; muchos detenidos.

Hubo también agitación y tumulto en Granada y Puerto de Santa María.

El comentario a todo esto, lo va a hacer por mí el conde de las Almenas, con esta frase, que pronunció en la sesión del martes en el Senado:

«El matiser que volvió virgen de América, no debe volverse contra el pecho del contribuyente.»

## Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, lo para los suscriptores a EL MOTIN

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo.

LOS REYES CON MOTE, por «EL MOTIN». Con láminas.

LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, Discurso del obispo Strosmayer.

JUANA LA PAPA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.

MONJA SECRETA, ó Instrucciones reservadas de los jesuitas.

LA VISTA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por Un prebitero.

¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de Lieja.

CARTAS DE TAYLORLAND al Papa Pío VII.

POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «EL MOTIN».

LA MENDICANCIA Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÁXIMAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras.

MUCHAS PORNOGRAFÍAS de los Jesuitas, ídem, ídem.

CARTA A EUGENIA, por Fréte.

EL CATECISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.

LOS SEÑORES MONJES FIAPRONOS, por «EL MOTIN».

OTRAS Y AMAR, por ídem.

GRACIAS DE CURAS, por ídem.

Si dejase de ir EL MOTIN a alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID. — IMPRENTA, LIBERTAD, 29.